

Si fué bella y significativa la figura, la realidad la supera en grandeza y en hermosura.

Cristo, dulce y manso Cordero, fué inmolado en la cruz: su inmolación se repite cada día en las aras de los templos católicos; su carne inmaculada, oculta bajo la especie de un pan sin levadura, alimenta nuestras almas; su sangre divina, escondida bajo el fruto de la vid, nos redime y nos limpia; su gracia, que es una participación de su naturaleza, nos da fuerzas para emprender, entre las espinas del mundo, nuestra jornada á los cielos.

ERRORES SOBRE LA EUCARISTIA.

I

El Divino Redentor, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaun, decía:

Yo soy el pan vivo, que ha descendido del cielo.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo para la vida ó salvación del mundo.

Comenzaron entonces los judíos, dice San Juan,¹ á altercar unos con otros, diciendo: "¿Cómo puede éste darnos á comer su carne?"

¹ Cap. 6, ver. 53.

Jesús, empero, les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros."

Muchos de sus discípulos, agrega San Juan,¹ que oían estas palabras, dijeron: "Dura es esta doctrina, ¿y quién es el que puede escucharla?"

Como si dijeran, dice el anotador del texto evangélico: "¿Qué oídos hay que puedan sufrir esta doctrina tan áspera, que es necesario comer la carne y beber la sangre de este hombre para vivir eternamente?"

Y era que estos judíos carnales, gobernados por los sentidos y sin entender lo que el Señor les decía, se imaginaban bajamente, que cuando prometía darles su carne á comer, la había de dividir en pedazos, como la carne que se vende públicamente en las plazas, y que haciendo esto no podría subsistir.

Se mofaban de las palabras del Maestro Divino, y al fin, muchos de sus discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban con él.

Aun antes de instituirse el adorable Sacramento de la Eucaristía, cuando solamente anunciaba

¹ Cap. 6, 67:

Jesucristo que iba á dejar á la humanidad regenerada, un alimento divino que la nutriera en el desierto del mundo y le diera una vida inacabable y eterna, hombres carnales y groseros, no solamente ponían en duda las palabras caídas de la boca de Dios, sino que las negaban y huían de una enseñanza regeneradora, verdadera y fecunda.

Los judíos de Cafarnaun fueron, en consecuencia, los primeros que impugnaron la verdad de la Eucaristía.¹

II

Instituido el venerable Sacramento de la Eucaristía, no hubo contra él en los seis primeros siglos de la Iglesia otros errores que los que esparcían los Simonianos, Menandrianos y Maniqueos.

Como estos negaban que el Verbo de Dios hubiera tomado un cuerpo verdadero, negaban consiguientemente que éste se hallara en la Eucaristía.

¹ Biluart. Sum. de Sacra, Eucart. Disert. 1.^a art. 2.

A estos herejes se refiere San Ignacio, Obispo de Antioquía, en una carta á los fieles de Esmirna, cuando dice, que ellos no admitían la Eucaristía y las ofrendas y que negaban que la Eucaristía fuese la carne del Salvador inmolada por nuestras culpas.

Estos herejes negaban, por lo mismo, la verdad del sacramento, pero de una manera indirecta.

III

Los primeros que afirmaron en los comienzos del siglo VIII de la era cristiana, que el pan y el vino Eucarísticos no eran más que la imagen de Cristo, una representación de su cuerpo y de su sangre, fueron los Iconómacos ó Iconoclastas.

La Emperatriz Irene restableció el culto de las imágenes que había prohibido el Emperador León, y poniéndose de acuerdo con el Papa Adriano I, hizo reunir un concilio en Nicea el año de 787, que fué el séptimo de los ecuménicos, en el cual, después de haberse recordado la institución de la Eucaristía, se consignó esta con-

clusión: "Queda, pues, evidentemente demostrado, que jamás el Señor, los Apóstoles ó los Padres afirmaron que el sacrificio sin sangre que se ofrece por el sacerdote, fuese una imagen, sino el mismo cuerpo y la misma sangre de Cristo."

Los Iconoclastas fueron condenados por este concilio.

IV

Juan Scoto Erigena, filósofo del siglo IX, fué el primer representante del racionalismo en la Edad Media.

Según unos, era natural de Escocia, y según otros, de Irlanda; pero se ignora el pueblo y el año de su nacimiento: sólo se sabe que vivió en la corte de Carlos el Calvo.

Un vastísimo talento, unido á una extensa erudición, dieron gran celebridad á este hombre que se distinguió tanto en la literatura como en la filosofía y la teología.

Como literato, poseía admirablemente el latín, el griego, árabe y hebreo, de modo que en este ramo era considerado como el portento de su siglo.

Entre otras obras escribió un tratado sobre la

Eucaristía, en el cual, según dice Hincmaro en su libro *De Prædestinatione*, rechazó la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, diciendo: "El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, sino tan sólo una memoria de su cuerpo y de su sangre."

El Sínodo de Verceil condenó el libro de Juan Scoto; igual condenación recibió en el Concilio de París celebrado en 1150; en fin, por decreto del Papa Nicolás II, en el Sínodo Romano, se obligó á Berenger á que quemara ese libro.¹

V

Berenger, canónigo arcediano de Angers, fué el verdadero precursor de los sacramentarios.

Nació á principios del siglo XI.

No es fácil coger el verdadero pensamiento de Berenger sobre la Eucaristía: su espíritu voluble le hacía variar constantemente en sus opiniones, y todo prueba que poco á poco llegó hasta la herejía, más bien por efecto de la lucha en que se

¹ Dice. de Cien. Eclesiást.

había empeñado, que por un estudio previo y formal de la doctrina que atacaba.

La escuela que fundó fué tan móvil y contradictoria como él mismo, porque hay comunmente una analogía entre la doctrina y el carácter del maestro, y pende por lo general el uno de la otra.¹

Precisando la doctrina de Berenger sobre la Eucaristía, parece que enseñó abiertamente, según el Padre Monsabré,² que Jesucristo no está en la Eucaristía más que como está la cosa representada en su signo: *ut res significata est in suo signo*.

Llamado ante el Concilio de Tours para explicar su doctrina, no se atrevió á sostenerla, confesó la fe de la Iglesia y juró no volver á apartarse de ella.

Volvió, sin embargo, al error.

Para detener su difusión, el Papa Nicolás II convocó en Roma un Concilio, ante el cual se hizo comparecer á Berenger.

Ciento trece obispos acudieron á ese concilio, y Berenger se retractó escribiendo una fórmula redactada por el Cardenal Humberto.

¹ Dice. de Cien. Eclesiást.

² Índice de errores sobre ella.